

LOS PADRES DE LA IGLESIA



San Cipriano de Cartago (detalle)
Mosaico de la Basílica San Apollinare Nuovo - Rávena - Italia

Fascículo XIX
San Cipriano de Cartago
Parroquia Inmaculada Concepción
Monte Grande

www.inmaculadamg.org.ar

2 0 0 9

Su vida

Cecilio Cipriano Tascio nació en la primera década del siglo III en el seno de una familia pagana, rica, culta y bien relacionada de la ciudad de Cartago (al noroeste de África). Estudió brillantemente y pronto logró fama en la retórica. Además, se desarrolló como maestro de elocuencia y parece que también se dedicó a la administración pública.

Hacia el año 246, el disgusto que sentía ante la inmoralidad de los ambientes paganos, contrastado con la pureza de costumbres de los cristianos, le indujo a abrazar el cristianismo a la edad de 35 años. Asimismo, en su iniciación a la fe cristiana mucho tuvo que ver un presbítero cartaginés llamado Ceciliano, según cuenta su biógrafo, el diácono Poncio (*Vita Cecilii Cypriani*, 4). Luego de ser bautizado vendió la totalidad de sus bienes en favor de los pobres.



Cipriano de Cartago

Él mismo narra su itinerario espiritual: *“Cuando todavía yacía como en una noche oscura —escribe meses después de su bautismo— me parecía sumamente difícil y fatigoso realizar lo que me proponía la misericordia de Dios... Estaba ligado a muchísimos errores de mi vida pasada, y no creía que pudiera liberarme, hasta el punto de que seguía los vicios y favorecía mis malos deseos... Pero después, con la ayuda del agua regeneradora, quedó lavada la miseria de mi vida precedente; una luz soberana se difundió en mi corazón; un segundo nacimiento me regeneró en un ser totalmente nuevo. De manera maravillosa comenzó a disiparse toda duda... Comprendía claramente que era terrenal lo que antes vivía en mí, en la esclavitud de los vicios de la carne, y por el contrario era divino y celestial lo que el Espíritu Santo ya había generado en mí.”* (A Donato, 3-4)

Inmediatamente después de su conversión, Cipriano, a pesar de envidias y resistencias por parte de varios candidatos que se creían con más derecho al cargo, fue elegido al oficio sacerdotal y en el año 249 consagrado obispo de Cartago por aclamación popular. En él emerge la figura suave del pastor de la comunidad, más que el teólogo o el polemista.

Transcurrido un año de su elección como obispo, estalla la persecución general de Decio¹. Cipriano, pensando en el bienestar de la comunidad, se escondió y procuró, desde su refugio, ayudar y dirigir a sus fieles con seriedad y entusiasmo. Dicha decisión no encontró completa aprobación, ya que sus enemigos la interpretaron como una actitud de cobardía e infidelidad.

Luego de la persecución particularmente cruel de Decio, Cipriano tuvo que empeñarse con mucho esfuerzo en volver a instaurar la disciplina en la comunidad cristiana. Muchos fieles, de hecho, habían abjurado², o no habían tenido un comportamiento correcto ante la prueba. Eran los así llamados «lapsi», es decir, los «caídos», que deseaban ardientemente volver a entrar en la comunidad. El debate sobre su readmisión llegó a dividir a los cristianos de Cartago en laxistas y rigoristas. En estas circunstancias realmente difíciles, Cipriano demostró elevadas dotes de gobierno: fue severo, pero no inflexible con los «caídos», dándoles la posibilidad del perdón después de una penitencia ejemplar. En este sentido, el

¹ Cayo Mesio Quinto, emperador romano durante el período 249-251, quien utilizó el nombre de Trajano Decio durante su reinado debido a su gran admiración por el emperador Trajano del siglo II.

² Renunciar públicamente a una creencia o religión.

santo estableció que la absolución tenía que concederla la Iglesia a través de sus ministros, por medio de la imposición de manos, que sólo debía tener lugar después que constase un auténtico arrepentimiento garantizado por una congrua satisfacción.

En el año 252 se presenta otro gran flagelo: una peste que disturba y asola a sus ovejas. Cipriano se entrega para aliviar el sufrimiento del pueblo de Dios que le ha sido confiado. Fue sumamente comprensivo y lleno del más auténtico espíritu evangélico a la hora de exhortar a los cristianos a ayudar fraternalmente a los paganos durante la epidemia. Asimismo, supo mantener la justa medida a la hora de recordar a los fieles, demasiado temerosos de perder la vida y los bienes terrenos, que para ellos la verdadera vida y los auténticos bienes no son los de este mundo.

A partir del año 255 Cipriano se ve envuelto en una polémica con Esteban, obispo de Roma, a causa del bautismo de los herejes. Esteban declaró que el bautismo realizado por herejes era válido si se administraba en nombre de Cristo o de la Santísima Trinidad, siendo ésta la visión mayoritaria de la Iglesia. Cipriano, por otra parte, creía que fuera de la Iglesia no podía haber verdadero bautismo, considerando nulos y vacíos a los realizados por herejes, y bautizaba nuevamente a los que se unían a la Iglesia, salvo que hubieran sido bautizados antes de pasar a la herejía. La tesis que prevalece en la práctica de la Iglesia es la de Esteban de Roma: «existe un sólo bautismo instituido por Cristo, y el que bautiza según la voluntad de Cristo, bautiza en forma válida».

Unos años más tarde, en la persecución iniciada por el Emperador Valeriano³, Cipriano no huyó. Fue primero desterrado y luego, llamado del destierro, vuelto a juzgar y decapitado el 14 de Septiembre del año 258, siendo el primer obispo africano que alcanzó la corona del martirio. Su memoria se celebra el 16 de Septiembre.

Acta del martirio de San Cipriano

Habiéndole sido presentado, el procónsul Galerio Máximo dijo al obispo Cipriano:

— ¿Eres tú Tascio Cipriano?

El Obispo Cipriano respondió:

— Yo lo soy.

Galerio Máximo — ¿Tú te has hecho padre de los hombres sacrílegos?

Cipriano Obispo — Sí.

Galerio Máximo — Los sacratísimos emperadores han mandado que sacrifiques.

Cipriano Obispo — No sacrifico.

Galerio Máximo — Reflexiona y mira por ti.

Cipriano Obispo — Haz lo que se te ha mandado. En cosa tan justa no hace falta reflexión alguna.

Galerio Máximo, después de deliberar con su consejo, a duras penas y de mala gana, pronunció la sentencia con estos considerandos:

— Durante mucho tiempo has vivido sacrílegamente y has juntado contigo en criminal conspiración a muchísima gente, constituyéndote enemigo de los dioses romanos y de sus sacros ritos, sin que los piadosos y sacratísimos príncipes Valeriano y Galieno, Augustos, y Valeriano, nobilísimo César, hayan logrado hacerte volver a su religión. Por tanto, convicto de haber sido cabeza y abanderado de hombres reos de los más abominables crímenes, tú servirás de escarmiento a quienes juntaste para tu maldad, y con tu sangre quedará sancionada la ley.

Y dicho esto, leyó en alta voz la sentencia en la tablilla:

— Mandamos que Tascio Cipriano sea pasado a filo de espada.

El Obispo Cipriano dijo:

— Gracias a Dios.

Oída esta sentencia, la muchedumbre de los hermanos decía:

— También nosotros queremos ser degollados con él.

(...) El beatísimo mártir Cipriano sufrió el martirio el día decimotercero de las calendas de octubre (el 14 de septiembre), siendo emperadores Valeriano y Galieno y reinando nuestro Señor Jesucristo, a quien es honor y gloria por los siglos de los siglos. Amén.

³ Publio Licinio Valeriano fue emperador romano entre los años 253 y 260.

Sus obras

Sus obras —tratados y cartas— se pueden agrupar en dos clases: las de carácter apologético, donde utiliza toda su rica formación filosófica en defender la fe de Cristo contra los paganos; y las pastorales, en las que habla como obispo, con una clara concepción sobre la Iglesia Católica y el episcopado.

Su primera obra, *A Donato sobre la gracia de Dios (Ad Donatum de gratia Dei)*, es una explicación de los motivos que lo impulsaron a abrazar el cristianismo, y una invitación a que muchos le sigan. En ella menciona la corrupción de la sociedad y la necesidad de luchar contra las pasiones.

Los ídolos no son dioses (Quod idola dii non sint): es una obra de carácter apologético que responde a su título y tiene por finalidad combatir la religión pagana. Muchas de sus ideas están tomadas de apologías latinas anteriores.

A Quirino, colección de testimonios (Ad Quirinum: Testimoniorum libri III): es una apología contra los judíos, una explicación de cómo Cristo era el Mesías que ellos esperaban y de cómo hizo cuanto de Él había sido escrito, y un resumen de los deberes cristianos, tratados cada uno de estos tres temas en un libro diferente.

Sobre el vestido de las vírgenes (De habitu virginum): trata de las costumbres que éstas deben observar, y depende de la obra de Tertuliano “*Sobre el vestido de las mujeres*”, pero evitando estridencias en el fondo y en la forma. En éste podemos leer: «*Las vírgenes son flores que brotan de los gérmenes de la Iglesia, ornato y gloria de la gracia espiritual, alegría de la naturaleza, obra maestra de alabanza y de gloria, imagen divina que reverbera la santidad del Señor, porción la más selecta de la grey de Cristo. De ellas se enorgullece la Iglesia y en ellas florece exuberante su gloriosa fecundidad; de suerte que cuando más crece el coro de las vírgenes, tanto mayor es el gozo de la Madre*» (De habitu virginum, 3).



Juez: Cristo separa las ovejas de las cabras.
Mosaico del siglo VI - Basílica San Apollinare Nuovo - Rávena - Italia.

La oración del Señor (De dominica oratione): está basada en el tratado de Tertuliano sobre la oración, pero es más completo y profundo, y está más centrado en la exposición del Padrenuestro. Cipriano enseña que precisamente en el «Padrenuestro» se ofrece al cristiano la manera recta de rezar; y subraya que esta oración se conjuga en plural «*para que quien reza no rece sólo por sí mismo*». «*Nuestra oración —escribe— es pública y comunitaria y, cuando rezamos, no rezamos sólo por uno, sino por todo el pueblo, pues somos una sola cosa con todo el pueblo*» (La oración del Señor, 8).

Sobre los apóstatas (De lapsis): escrito a su regreso después de la persecución de Decio, establece las normas que se seguirían para la readmisión de aquéllos.

Sobre la unidad de la Iglesia (De ecclesiae catholicae unitate): es uno de sus tratados más influyentes a lo largo de los tiempos. Está escrito sobre el trasfondo del cisma de Novaciano⁴: hay una sola Iglesia, edificada sobre Pedro, y fuera de ella no hay salvación, «no puede tener a Dios por Padre el que no tiene a la Iglesia por Madre» (La unidad de la Iglesia Católica, 4). Característica irrenunciable de la Iglesia es la unidad, simbolizada por la túnica de Cristo sin costura (ibídem, 7) e imitando la unidad de Dios en la Trinidad: unidad que, según dice, encuentra su fundamento en Pedro (ibídem, 4) y su perfecta realización en la Eucaristía (Epístola 63, 13). «Sólo hay un Dios, un sólo Cristo», exhorta Cipriano, «una sola es su Iglesia, una sola fe, un solo pueblo cristiano, firmemente unido por el cemento de la concordia: y no puede separarse lo que por naturaleza es uno» (La unidad de la Iglesia Católica, 23).



San Cipriano de Cartago, obispo y mártir
Iglesia de Messkirch, Alemania

Los celos y la envidia (De zelo et livore): explica cómo éstos son los mayores enemigos de la unidad de la Iglesia y cómo son vencidos únicamente por el amor al prójimo.

Sobre la mortalidad (De mortalitate): escrito bajo el recuerdo de la persecución de Decio y de una peste que le sucedió poco después. Da una interpretación profundamente humana y cristiana sobre el hecho inevitable de la muerte.

Sobre las buenas obras y la limosna (De opere et eleemosynis): es una invitación a la limosna, especialmente necesaria en las circunstancias de miseria que se vivía en ese momento. Esta obra fue muy leída en la antigüedad.

A Demetriano (Ad Demetrianum): es un escrito original y lleno de fuerza, el cual recuerda a la literatura apologética. Responde a las acusaciones de que los cristianos eran los responsables de los males que azotaban a la humanidad, los cuales eran un castigo de los dioses. Asimismo, Cipriano utiliza la obra con la idea de reforzar la fe de los cristianos.

Las ventajas de la paciencia (De bono patientiae): depende muy de cerca del tratado sobre la paciencia de Tertuliano, y parece ser una homilía.

A Fortunato, exhortación al martirio (Ad Fortunatum de exhortatione martyrii): fue escrita durante la persecución de Valeriano y es la última obra de Cipriano. La redactó por petición de Fortunato, presentando un florilegio de textos de las Sagradas Escrituras sobre los deberes del cristiano en tiempos de persecución.

Por último, hay que mencionar las epístolas de San Cipriano, una colección de sesenta y cinco escritas por él, a las que acompañan dieciséis que recibió de Novaciano y del Papa Cornelio, entre otros, y que son una fuente extraordinariamente valiosa para la historia, especialmente eclesiástica, del período. También tienen interés para la filología, pues reproducen muy de cerca el lenguaje hablado del momento.

En una de sus cartas, la cual trata “sobre el sacramento del cáliz del Señor”, expone su fe en el carácter sacrificial de la Eucaristía y la presencia real de la carne y sangre de Cristo.

Cipriano escribía sobre todo para edificar a la comunidad y para el buen comportamiento de los

⁴ Dio origen a la doctrina conocida como novacianismo, la cual negaba la absolución de los lapsos y afirmaba que la Iglesia no poseía poder para dar la paz a los que habían renegado de la fe durante las persecuciones y a los que habían cometido algún pecado mortal.

fieles; para ello se centraba en el sentido práctico de los textos, pues le interesaban más las almas que las ideas. Era “inamovible cuando se trataba de combatir las costumbres corruptas y los pecados que devastan la vida moral, sobre todo la avaricia”.

Unas últimas palabras

Cipriano se encuentra en los orígenes de esa fecunda tradición teológico-espiritual que ve en el «corazón» el lugar privilegiado de la oración. Según la Biblia y los Padres, de hecho, el corazón es lo íntimo del ser humano, el lugar donde mora Dios. En él se realiza ese encuentro en el que Dios habla al hombre, y el hombre escucha a Dios; en el que el hombre habla a Dios y Dios escucha al hombre: todo esto tiene lugar a través de la única Palabra divina.

Precisamente en este sentido, haciendo eco a Cipriano, Emaragdo, abad de san Miguel en los primeros años del siglo IX, atestigua que la oración *«es obra del corazón, no de los labios, pues Dios no mira a las palabras, sino al corazón del orante»* (La diadema de los monjes, 1).

El Papa Benedicto XVI nos exhorta: *“Tengamos este «corazón que escucha», del que nos hablan la Biblia (cfr. 1 Reyes 3, 9) y los Padres: ¡nos hace mucha falta! Sólo así podremos experimentar en plenitud que Dios es nuestro Padre y que la Iglesia, la santa Esposa de Cristo, es verdaderamente nuestra Madre”*.